AÑO I. VILLAJOYOSA 8 DE JULIO DE 1905 NUM. 4

EL OBRERO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Defensor de los intereses de la clase obrera

Redacción y Administración
Calle de la Soledad, núm. 3

Precios de suscripción
0,50 ptas. al mes, 1,50 trimestre

Responsabilidad consciente

Dos fuerzas que actúan en la política local; dos instrumentos creadores y mantenedores del poder público; dos voluntades cuyo engendro primordial y necesario es la autoridad, pero no aquella autoridad amparadora de toda clase de libertades, no aquella autoridad para quien el derecho no admite distingos, no aquella autoridad basada en el principio de igualdad ante la ley, sino la autoridad mantenedora de privilegios, autoridad despótica, autoridad personal, autoridad que traspasando los límites de sus atribuciones, todo lo invade y penetra en todo los órdenes de la vida del ciudadano; autoridad arbitraria, caprichosa; esta es la autoridad del cacique.

Dentro de la vida política local, dos fuerzas son las creadoras de esta autoridad, dos voluntades constituyen los orígenes de este poder: la voluntad de la clase capitalista que obra de un modo activo, que presta su constante cooperación, su ayuda hoy poderosa á su señor cacique, á cambio de los privilegios con que le distingue y de amparar sus vejámenes y atropellos; y la voluntad del pueblo arrastrada inconscientemente ó por amenazas de hambre y necesidad, á secundar las exigencias de la clase capitalista, á encumbrar al cacique, á crear y fortalecer un poder que les explota dentro del régimen económico, una autoridad que les atropella y desatiende en el orden político, una institución caciquista que les denigra y envilece en los actos de la vida social.

Dos fuerzas, dos voluntades que siempre debieran marchar contrapuestas, y sin embargo, van siempre acordes, unidas; dos voluntades de las cuales la una, representa la actividad, el anhelo, el afán por la conquista del poder político, escudo de su egoismo, su ambición y su inconcebible explotación; mientras la otra es una voluntad sin acción, una voluntad pasiva, indiferente, apática, una voluntad cohibida ante el miedo á la necesidad ó á las amenazas del hambre y la miseria.

La primera es la voluntad del amo que arrastra á su criado á satisfacer los caprichos del cacique para que le considere como persona importante y le distinga en sociedad; es la voluntad del arrendador que obliga al arrendatario á servirle en las urnas y en todo acto político bajo pena de despido, para que el cacique le dispense su amistad y sus favores en todos sus actos antilegales y contrarios al orden social y á la moral pública; es la voluntad del acreedor que amenaza con el embargo ó el despojo de bienes al deudor si no secunda su voluntad poniéndose á disposición del cacique. La segunda es la voluntad del pueblo cohibida ante los males anteriores, que le obligan á crear y mantener esa sanguijuela del caciquismo que no solo corroe sus intereses y bienes, sino que chupa su sangre, su honra, su salud y hasta su vida.

Y al lado de estas dos fuerzas, frente á estas dos voluntades, existe un tercer elemento que desarrollando su acción, desplegando su actividad, pudiera ser regulador de nuestras relaciones sociales, síntoma de muerte para el caciquismo y baluarte de defensa para la consideración debida y respeto al derecho de la clase proletaria. Este tercer elemento, es esa juventud intelectual que tal vez infiltrada también de ese exagerado utilitarismo predominante, no dá señales de vida por ningún lado, quedando voluntariamente relegada á la indiferencia y al olvido como si quedaran con esto cumplidos sus deberes ante la conciencia social.

No, esta no es vuestra misión; vuestra cultura, vuestra intelectualidad no debe concretarse simplemente á buscar el modo de satisfacer vuestras necesidades. Vuestra acción debe ser más expansiva; tenéis el deber de buscar el bien de vuestros semejantes, procurar la prosperidad de vuestro pueblo, dignificarlo, engrandecerlo, acabando con todas esas miras bastardas y egoistas que sacrifican nuestro bienestar y progreso al beneficio y provecho personal; miras que dicen muy poco en favor de vuestro espíritu progresivo y que os hacen responsables ante los demás del estancamiento de vuestras energías sociales, existencia de ciertos poderes y encumbramiento de algunas personalidades que debieran desaparecer en honor y gloria de todo un pueblo.

Cuento árabe

Cuentan que allá en época remota, antes que se edificara Jerusalén, y en el punto en que hoy se levanta, existía un campo, el cual á la muerte de su dueño pasó á los dos hijos únicos que tenía. Llegó el tiempo de la recolección y los dos hermanos, después de segado el trigo, hicieron dos montones iguales de gavillas, uno para cada uno de ellos. Por la noche el hermano soltero pensó: «Yo tengo demasiado trigo para mí solo y mi hermano tiene mujer é hijos que mantener, quitaré algunas gavillas de mi montón y las pondré al de mi hermano y le aliviaré sin que él lo conozca.» Esto pensado se fué y lo puso en práctica tal como se lo había dicho así mismo. Pero sucedió que el otro hermano que era casado dijo á su mujer: «Nosotros tenemos bastante y aun de sobra, y mi pobre hermano es solo y ha de buscar quien le cuide y le arregle la casa y por eso necesita más que nosotros; voy á ponerle á su montón unas cuantas gavillas de las del mío, mañana no lo conocerá y su parte será mayor que la nuestra y podrá vivir con más desahogo. En efecto, llevó acabo lo que pensó antes y al día siguiente cuando fueron uno y otro al campo en su interior quedaron los dos maravillados al ver que los montones no habían aumentado ni disminuido, pues estaban tal como los habían hecho la primera vez; nada se dijeron uno al otro y en su interior, resolvió cada uno de ellos esperar la noche, repetir la misma operación de la anterior y ponerse en acecho para ver en qué consistía aquel misterio. Llegada la noche cada uno de por sí se ocultó sin que el otro lo supiera y esperaron la hora oportuna, y ¡cuál sería el asombro que esperimentaría cada uno de ellos al encontrarse los dos hermanos cargados de gavillas que cada cual iba á depositar en el montón del otro!... Al verse y comprender lo que ocurría soltaron las gavillas y abriendo ambos sus brazos se confundieron, resonando en los aires un ósculo de fraternal amor.

Queridos compañeros, este cuento nos dá á entender que donde hay fraternidad no existe el egoismo mónstruo que todo lo invade, llevando en sí todos los males imaginables; él es la causa de las discordias entre hermanos, parientes y amigos; él sembró el desequilibrio social que á todos nos abruma; él es el motivo de esas luchas fratricidas entre burgueses y proletarios, y él será el que arrastrará á la sociedad á su ruina si no se le pone coto. ¿Pero cómo podremos hacer desaparecer tan grave mal? Difícil es y lejos está el día que desaparezca, pero no lo dudéis, si todos los obreros os esforzáis y lo tomáis á empeño, procurando unir á todos los proletarios, y trabajáis pidiendo á estos gobiernos retrógrados que dén al pueblo una verdadera y sólida educación, claro es que se conseguiría más ó menos pronto hacer desaparecer el egoismo, implantando en su lugar el bello sentimiento del amor fraternal, áncora salvadora de la humanidad.

Sí, queridos compañeros; nadie podrá negar que el hombre á medida que adelanta en el camino de la civilización, que cuanto más perfecta es la educación que ha recibido, sus sentimientos son más bellos, más nobles y generosos; que la conciencia, que algunos consideran como una facultad inherente á la naturaleza humana, recto juez que ha de guiar

al hombre para distinguir el bien y el mal inclinándole á la práctica del primero, no es lo que creen ó dicen, sinó que es la resultante del mayor desarrollo y cultura de las facultades intelectuales y de la perfección que alcance el desarrollo de los sentimientos morales, y dicho se está que de la cultura de aquéllos depende que el individuo tenga la conciencia más ó menos recta.

De lo que llevamos expuesto deduzco que lo que más nos conviene por ahora, no es tener intervención en la cosa pública, sino ponernos en condiciones de poder obtener algún provecho de ello el día que tengamos esa intervención, pues hoy si la tuviéramos de ningún provecho nos sería dado el estado de nuestra cultura.

En resumen, que lo que nos importa es extender y agrandar nuestras sociedades obreras para hacernos fuertes y que nos respeten los poderes burgueses; no escuchar á los políticos de ningún color, porque todos son iguales, por más que pomposamente se llamen amigos y defensores del proletariado, eso es mentira, son lobos con piel de oveja; todos buscan lo mismo, satisfacer sus concupiscencias y esclavizaros.

¡Ay! y cuánto se conseguiría si compenetrados de estas ligeras ideas intentárais ponerlas en práctica.

Un aprendiz.

A un intruso

Lo es para nosotros el autor del comunicado inserto en nuestro último número y referente á unos comentarios que hacíamos al Reglamento de «La Unión social cristiana». Y decimos que lo es, por cuanto el autor del mismo no se digna dar su nombre que tendríamos sumo gusto en conocer para saber de este modo á qué atenernos y poder contestarle en la forma merecida al incógnito personaje.

Pero ya que esto no es posible, ya que no nos es dable conocer á señor tan católico, apostólico español, porque si él quiere ser romano yo no quiero que reniegue de su patria, nos tomaremos la molestia de contestarle, aunque le advertimos, que nosotros no acostumbramos á sostener polémicas con gente desconocida y caso de querer continuarla, es necesario que ponga su nombre al pié de sus escritos, pues si fuimos condescientes al insertar dicho comunicado, tenga presente el misterioso unionista que no admitimos el abuso de la condescendencia.

Y vamos al caso, señor alguien de la Unión, porque el caso es que su insulso comunicado no es más que un cúmulo de sandeces. ¿Qué tiene que ver el vivo afecto que todo el cuerpo de unionistas pueda profesar á la clase trabajadora, brindándoles por esto su casa particular, con aquello que terminante prescribe el artículo 108 del Reglamento de la Unión? Allí no hay domicilio social; lo que hay es un domicilio legal fijado en la casa del Presidente para las formalidades de la ley. La sociedad no tiene domicilio, porque no tiene local para reunirse, y eso de que habla usted «en beneficio de los pobres» y la «excelsa caridad cristiana», no profane usted esa santa palabra que la escarnece con solo pronunciarla. La caridad no se nombra porque se desvirtúa, y eso es lo que hacen ustedes; la caridad se practica que es lo que ustedes no hacen ni han hecho nunca y ahora les sabe mal que nosotros lo hagamos.

En cuanto á la reunión de juntas generales insistimos en que hemos retrocedido á los tiempos de Carlos III, quiero decir, de Felipe II; porque Carlos III le será á usted asqueroso; y esos centuriones ó decuriones, como usted quiera llamarles, lejos de representar allí la voluntad de la decuria respectiva, son creaciones caprichosas de los mangoneadores ó directores para poder mangonear más á sus anchas, cubriendo con este velo los recelos que esta forma especial de celebrar juntas generales pudieran despertar en el obrero.

¿Y á qué ir analizando una por una las innumerables sandeces que contiene su comunicado, si toda la fuerza de su argumentación está en decirnos que son ustedes católicos, apostólicos y romanos?; seguro estoy que esto no lo sabe León X, porque si lo supiese renunciaba la silla apostólica ó les negaba á ustedes el *exequatur* para que fueran creyentes de Jesucristo.

Pero lo que me hace la mar de gracia es el último párrafo de su comunicado; aquello del cieno, señor unionista, que nosotros vamos sembrando; y esto sin duda lo dirá usted por los diez mil reales que «La Fraternidad» ha entregado á los asociados por socorros, y la casa social que importa dos mil pesetas; de este cieno se enterará usted en la sección de noticias si se molesta en pasar los ojos por ella; y al enterarse de lo que ha hecho «La Fraternidad» en veinte y un meses de existencia, verá usted como es exactamente igual á lo que hizo el Círculo Católico y demás sociedades de este género que han existido y existen en la localidad.

Ya sé que esto le molestará á usted porque es poner de manifiesto quiénes somos cada cual, pero señor unionista, ante la evidencia de los hechos no queda otro remedio que inclinar la cabeza.

El cenagoso

¿Cuál de las dos?...

Sabéis, trabajadores, que hoy tenemos dos sociedades obreras en nuestro pueblo; que una y otra dicen persiguen nuestro mejoramiento moral y material, que miran por nuestros intereses; que... etc. ¿Pero os dejaríais atraer vosotros lo mismo por una que por la otra sociedad? ¿Cuál de las dos escogeríais? Antes que contestéis, escuchadme.

Al tener conciencia algunos compañeros de la inícua explotación que desde lejano tiempo venía arrastrando la clase obrera del pueblo, y teniendo presente aquella sublime máxima de que «la unión es fuerza», para lograr que los trabajadores se percatasen de su triste situación é hiciesen frente á la salvaje avaricia de los explotadores, aquellos compañeros, con grandes y plausibles esfuerzos, llevaron á cabo el establecimiento de «La Fraternidad».

El egoismo insaciable de algunos potentados y su horrible miedo al ver que los desheredados de la fortuna entraban ya en el camino de la emancipación é iban en busca del imperio de la justicia, son realmente las causas á que puede atribuirse la fundación de la «Unión Social Cristiana». Los explotadores, que nunca han tenido un espacio en su corazón para la clase trabajadora, quieren ahora mostrarse como interesados por ella ¡Cuánta farsa!

En la sociedad obrera «La Fraternidad», todos los socios son iguales; ante los estatutos de dicha agrupación no hay jerarquías, no hay distinciones, no hay grados, no hay clases. Cada individuo es allí un ser capaz de derechos, es decir, una persona, y cada persona un obrero que debe aportar algo á la obra magna de la reivindicación de los derechos del proletariado.

En la «Unión Social Cristiana» eso no existe; en esta asociación el capital lo es todo, el trabajo, nada. Allí son los explotadores sólo los que tienen el poder, la fuerza, el dominio; los obreros están convertidos en cosas. ¡Desgraciados! Y á tal extremo llegará su pobreza de espíritu que quizás miren como un acto de abnegación la limosna que de sus explotadores reciben para el socorro, limosna que representa su mismo trabajo, su mismo sudor, su misma sangre.

«La Fraternidad» no exige á sus asociados que pertenezcan á tal ó cual comunión religiosa; le basta con que presenten encallecidas sus manos ó en ejercicio su inteligencia. Y si por fortuna á alguno de sus socios no le acomete ninguna preocupación sectaria, tiene su razón emancipada, su conciencia libre, piensa como hombre racional, mejor, camino adelantado para la realización de nuestro ideal.

La «Unión Social Cristiana» señala como condición indispensable la de que los socios profesen la religión católica. ¿Para qué seguir adelante? ¿No se ve cuán enorme es la ambición de esos señores que, no satisfechos con avasallar los intereses materiales de los obreros, intentan arrebatarles lo que les queda de hombres, el entendimiento?

¡Trabajadores, escoged!

Otro alguien,
pero de otra Unión Social...

CRÓNICA

EL BRACERO

Es la máquina de nuestros campos, es el instrumento que produce, crea y proporciona placeres y comodidades sin cuento; es el bracero que avanza pensativo con el azadón colgado al hombro y chupando la colilla de un cigarro por un estrecho sendero que le conduce á su vetusto casuchón donde le aguardan como de costumbre una mujer de facciones hermosas pero tostadas por el sol, y tres pequeñuelos cuya única indumentaria es una sucia camiseta que les cubre hasta las rodillas.

Es el paria que llega á su mísero hogar en busca del descanso, y al tomar asiento junto á su mujer ya no sonríe, ya no acaricia con sus manos callosas los tiernecitos miembros de aquellas inocentes criaturas, que todas las tardes al oscurecer salen al encuentro de su padre que con su vuelta del trabajo les anuncia la hora de destrozar con sus diminutos dientes el negruzco cacho de pan y el verde y crudo tomate que constituyen los

únicos manjares de su cuotidiana cena.

Es el jornalero á quien su amo y señor le dice que no hay jornal, que no le puede dar el real diario que venía dándole por cabeza de su familia; un real que sirve para nutrir cada uno de aquellos organismos, para calzarlos, para vestirlos, para satisfacer sus imprescindibles necesidades, porque no hay agua, porque no llueve y la máquina ya no aprovecha, no puede serle útil, y aunque se oxide, aunque se pierda aquella máquina de carne y huesos, poco importa, porque el corazón del amo siente solo por la utilidad, y ama sus almendros, sus tierras, sus ganados por cuanto le producen, como ama al bracero por cuanto es materia explotable para acrecentar sus riquezas y aumentar su capital.

No llueve, y el real por cabeza no se puede dar; mi conducta está justificada; el tiempo es inclemente conmigo y yo lo soy con el bracero; no hay trabajo, no doy jornal, porque al fin y al cabo no es justo que yo sufra las inclemencias del tiempo; para dar un real por cabeza me han de producir como veinte, y si no es así, no hay que preocuparse por el destino de toda esa gabela de hambrientos, que los tengo siempre en época de elecciones y les exploto para enriquecerme en la forma más conveniente y provechosa.

Y allí está junto á su mujer el infeliz bracero que mira con tristeza el azadón, su compañero inseparable, y recuerda con amargura aquellos corpulentos almendros que él arrancó del vivero para trasplantarlos al bancal; recuerda la solicitud con que los cuidaba para que rindieran más producto á su *amo*, á su *señor*; recuerda los ásperos terruños que tantas veces recibieron como besos amorosos las gotas de su sudor, y que otras tantas compartieron con él las inclemencias del frío y los insoportables rayos solares del mes de Agosto; y recordando todo esto, brota en su alma un sublime sentimiento de afección que ante el criminal egoismo y la repugnante ambición de su constante explotador, le hace exclamar con la nobleza y dignidad del trabajo: «buscaré el real aunque sea en la emigración.»

Y allá va la máquina humana, en busca del vapor que le ha de conducir á las costas africanas y en las que suele hallar en vez del real por cabeza la fiebre perniciosa que le devuelve á su hogar, pobre, enfermo, inútil, para ser explotado pero siempre conservando la tiernas y puras afecciones que el trabajo engendra en el corazón del bracero.

Ordep Samot

La política y los obreros

Un asunto muy manoseado y traído es el aconsejar al proletariado el apartamiento de la vida política empleando para ello y como único argumento la muletilla de la falta de capacidad, falta de cultura, como si los directores de los destinos de la nación fuesen Sénecas ó cosa por el estilo.

Para manejar el encasillado y disponer bien los pucheros en el ministerio de la Gobernación basta con cualquiera; para firmar un tratado como el de París y despojarnos de Cuba, Filipinas y Puerto-Rico, así como para relegarnos al papel secundón y denigrante que estamos desempeñando en la cuestión de Marruecos, no es necesario que vaya al ministerio de Estado ningún Tayllerand ni Richelieu; para quedarnos sin escuadra y conducir á un ejército á desempeñar una misión tan bochornosa como aquella de nuestras guerras antillanas y con los Estados Unidos, no se necesita tener al frente de los ministerios de Marina y Guerra ni á un Nelson ni á un Moltke; para que el hambre sea una plaga constante y permanente en España y encontrarnos á la altura del Mogreb en vías de comunicación, en enseñanza y demás ramos de la vida pública, no se necesitan en los ministerios de Hacienda, Instrucción, Agricultura y Gracia y Justicia talentos ni lumbreras de ninguna clase.

Y si de la política general pasamos á la local, no hay más que mirar al pueblo de Villajoyosa para ver la política y la administración de nuestros caciques; aun no ha llegado la hora de que tengamos aguas potables; todavía no es tiempo de que nuestras calles se vean limpias y urbanizadas; para nada nos hace falta la comunicación, al menos con los pueblos del distrito, basta con esas veredas que nos conducen á ellos; y cosa rara, coincidencia extraña y pasmosa, nuestros presupuestos todos, absolutamente todos los años vienen liquidándose gastos por ingresos, ni un céntimo más ni uno menos.

Pero en cambio los caciques y sus compinches no se cansan de repetir todos los días de que no estáis capacitados, de que no tenéis cultura para intervenir en la política, pero todo esto os dirá que cuanto antes debéis hacer un barrido, anularlos, intervenir directamente en los asuntos públicos, pero unidos, fuertes, como un solo hombre y así vosotros os interesaréis en esa dolorosa emigración de vuestros hermanos los obreros agrícolas, ante la que ellos parecen levantar los hombros importándoles un comino.

Un barrido, pero que sea pronto y eficaz.

COMUNICADO

Señor director de EL OBRERO

Tenga la bondad de insertar en las columnas del periódico de su digna dirección las siguientes líneas que motivan este comunicado.

Es el caso, señor Director, que existe en la calle del Mar de esta localidad un casino al aire libre, cuya sociedad no tiene otro objeto que criticar á todos los transeuntes que pasan por dicha calle; ya es hora que Villajoyosa entre en el período de la civilización moderna y que esos señores hagan al público el favor de retirarse á sus respectivas ca-

---

FOLLETÍN DE EL OBRERO (2)

Cuento de Palacio Valdés

SEDUCCIÓN

ganado, son admiradores de lo trágico.

Caminé un rato por los campos de la Escuela de Agricultura, y bajé al fin á los antiguos jardines de la real posesión. Había más soldados y cocineras que escritores públicos. No me sorprendió. Son pocos todavía los que están en el secreto de mi amigo el poeta dramático. Confiado en su experiencia y en la propia, me puse á recorrer lentamente los intrincados senderos, y para que mejor pudieran penetrar en mi cerebro las buenas ideas que allí están agazapadas en las copas de los árboles, despojéme del sombrero y caminé con él en la mano, á riesgo de tomar un resfriado. Pero, ó estaban dormidas, ó no tenían ganas de cambiar de postura, porque no rebulleron, y eso que en la vida las llamé con más necesidad. Imagino que se espantaron del trompeteo horrísono de algunos reclutas á quienes un cabo enseñaba por principios el arte de tocar la corneta.

Al cabo de media hora larga de dar vueltas, observé con gozo que empezaba á hinchárseme la cabeza, y me sonaba algo dentro de ella, como cuando caen garbanzos en el suelo.

Es un síntoma precioso, según mi amigo. Jamás se le ocurrió á él una escena de esas que arrancan bravos en el público, y copian los periódicos al día siguiente, sin que antes le sonasen los consabidos garbanzos en el cerebro.

Me dispuse á recibir la inspiración con el mayor recogimiento posible y en una postura cómoda. Me senté en un banco de piedra. A mi espalda sentí el rumor de una conversación, y estuve tentado á levantarme. Mas al volver la cabeza, advertí que era una pareja juvenil la que allí platicaba sentada y vuelta de espaldas en otro banco no más blando que el mío. La mitad de aquella pareja me gustó mucho á la primera ojeada. La otra mitad, no. Y en consideración á la primera, decidí aguardar un instante, sin tener presente que no se puede jugar con la inspiración.

Era ésta (la inspiración no, la mitad de la pareja) una joven regordeta, carirredonda, de ojos expresivos y vivarachos, y nariz un tanto remangada. Una criatura no hermosa, pero sí muy salada. El caballero que á su lado estaba no era ni hermoso ni salado. Flaco, cara muy larga, pómulos salientes, luenga barba rubia y descuidada; ojos apagados, mortecinos; muy lacio y desmayado todo él. Habrá lector que diga leyendo esta descripción: «¡Qué observación tan penetrante la de estos escritores realistas. Describe con pelos y señales el rostro de aquellos jóvenes, y estaban de espalda!» Si lo dices sin ironía, caro lector, muchas gracias; mas si has aprendido en el teatro de Lara los refinamientos humorísticos y hablas con segunda, te diré que estaban de espalda, sí, pero en línea oblicua conmigo. De suerte que en posición natural les veía media cara, y cuando al accionar cambiaban de postura, se la veía toda. Es más (y perdona la fatuidad) creo que la joven me la enseñaba adrede, así que advirtió, y lo advirtió bien pronto, que no me desagradaba con ello. «¡Oh, las mujeres!», exclamó mi amigo el poeta dramático cuando se lo conté, quedando sumergido en un piélago de reflexiones hondas y tristes, que no me atreví á interrumpir.

Mi genio observador me hizo comprender pronto que eran casados, ayudado un poco por estas palabras que oí distintamente á la joven:

—Desde que estamos casados no te has encargado camisas, ¿verdad?

¡Uf! ¡Camisas! ¡Perdón, señoras, perdón! Se me ha escapado esta palabra indecente. No volveré á hacerlo más.

La conversación del matrimonio era asaz prosaica. No obstante, la joven esposa me iba pareciendo cada vez más poética. Yo no sé lo que tienen las mujeres bonitas, que hasta cuando nombran la c... hieren el corazón dulcemente. Hablaba ésta de la ropa blanca con la competencia de una lavandera, envolviendo á su marido

sas ó ir á entretener sus ocios en los edificios que á este objeto (no el de murmurar) están abiertos al público en esta población.

Gracias, señor Director, por la molestia, y aprovecha la ocasión para ofrecerse seguro servidor, q. l. b. l. m.

J. M.

Semana política

Nuestros caciques han desaparecido de la localidad como por encanto y todo el mundo se pregunta ¿dónde están?

Los unos, han ido á ver á Moret, los otros á Canalejas, los de más allá á Montero Ríos, como si no supiéramos aquí que á Moret, Montero y Canalejas los conocen ellos como nosotros, por leerlos en la prensa

***

Pero es lo que ellos se dirán; hay que aparentar algo, hay que hacer ver á nuestros dóciles fanáticos que nos codeamos con esa gente para conservar entre ellos nuestro ascendiente y prestigio.

Porque al fin y al cabo verán ustedes como vienen con las manos vacías.

***

Sin embargo los corifeos de tan preclaras personalidades ó plagas, no cesan de defender sus trincheras á campo descubierto, cual si fueran hombres de ideas, cuando todos sabemos que lo que defienden son los capítulos del presupuesto.

Y mientras los conservadores abrigan esperanzas de que la situación será para sus amigos y aliados los liberales históricos, los demócratas se muestran muy regocijados porque dicen ellos que muy pronto serán poder.

¿A quién vamos á creer?

***

Unos y otros alegan razones; los conservadores, gente supersticiosa, alegan como razón de peso el mal sino político que llevan consigo algunos individuos que hoy figuran en el partido democrático; éstos, sin embargo, en su Ateneo nocturno del bancal de la escueta, dicen que es imposible el mando de los históricos por falta de historia.

***

Pero lo que no cabe duda es que el calendario político local anuncia vientos, tempestades, tiempo huracanado y el paso de algún bólido que tiene amedrentados á muchos que están que nos les llega la camisa al cuerpo.

Y el bólido ya verán ustedes como resulta de papel.

***

Es natural que los dueños de los kioskos se lamenten de que no se expendan helados ni refrescos.

Cualquiera se atreve á refrescar con tales calendarios.

Noticias Locales

Algunos mal informados suponen que nuestro Alcalde se propone hacer lo contrario de cuanto nosotros digamos.

Sin duda, nuestra autoridad para dar un mentís á tales aseveraciones ha convertido nuestra Bomba en una Estación de ferrocarril por lo bonito y elegante.

Pero menos Bomba, señor Alcalde, y más agua; esto es lo que pide el pueblo ante el temor de que siga la Bomba el ejemplo de la Pescadería.

El Alcalde nos ha dicho que mañana principiará á tocar la música en el paseo del Dr. Esquerdo.

Esto sí que no lo creemos; porque con esta son dos las veces que nos ha dicho nuestro Alcalde que principiará á tocar.

Por la sociedad obrera «La Fraternidad» de esta localidad, se celebró el día 2 del actual Junta general ordinaria.

En ella se dió cuenta de los ingresos y gastos ocurridos durante el pasado mes de Junio, de los ocurridos desde la fundación de la Sociedad 18 de Octubre de 1903 hasta 1.º de Julio de 1905, y de los gastos ocurridos en la compra y obras de reparación de la casa social cuyo resultado es el siguiente:

Ingresos en el mes de Junio, 159 pesetas 90 céntimos.

Gastos del mismo mes, 37 pts. 10 céntimos.

Ingresos más que gastos 122 pesetas 80 céntimos.

Existencia en la Caja de Socorros en 1.º de Julio, 1302 pesetas 30 céntimos.

Ingresos de Resistencia durante el mes de Junio, 22 pesetas 50 céntimos.

Existencia en la Caja de Resistencia en 1.º de Julio, 598 pesetas 35 céntimos.

Suma de ambas Cajas, 1900 pesetas 65 céntimos.

Importan la compra y obras de reparación de la casa social, 1929 pesetas 55 céntimos.

Los gastos ocurridos desde la fundación de la Sociedad son: Ordinarios, 2579 pesetas 50 céntimos; gastos por Socorros dados á los socios enfermos, 2331 pesetas 50 céntimos; id. extraordinarios, 104 pesetas 60 céntimos. Suma de gastos, 5015 pesetas 60 céntimos.

Ingresos ordinarios, 6206 pesetas 15 céntimos.

Id. extraordinarios, 153 pesetas 5 céntimos. Suma de ingresos, 6359 pesetas 20 céntimos.

Ingresos más que gastos, 1343 pesetas 60 céntimos.

Habiendo en la Caja de Socorros en 1.º de Julio actual 1302 pesetas en 30 céntimos, faltan 41 pesetas 30 céntimos que importan los Reglamentos que no se han vendido.

Estas son las cuentas aprobadas por la Junta general del domingo y expuestas en el tablón de anuncios para conocimiento de los asociados.

Con objeto de pasar el verano entre nosotros, han llegado procedentes de Madrid, las distinguidas familias de nuestros particulares amigos el médico de la Armada D. Francisco Martí, y el abogado del Estado D. Luis Miquel.

Les damos nuestra bienvenida.

Se han acercado á nuestra redacción algunos vecinos de la Plaza de Castelar, para que llamemos la atención de nuestra primera autoridad respecto al abandono que se observa en la fuente que existe en dicho punto convertida en un verdadero foco de enfermedades infecciosas.

Otro tanto pudiéramos decir de la cuesta del Puente que conduce á la fábrica de luz eléctrica donde no es posible dar un paso sin llevarse algo en los piés, pero por lo visto nuestro alcalde que se ha empeñado en hacer lo contrario de lo que nosotros digamos le importa poco la salud del vecindario.

Con estar limpios el paseo del Dr. Esquerdo y la calle del Huerto, ya está asegurada la salud del vecindario.

Con muy buena entrada se representó la noche de San Pedro en nuestro teatro «La banda de trompetas», «Colorín colorado» y el «Bateo».

Excepto la señorita Fons y el Sr. Poveda, que estuvieron como siempre, los demás artistas dejaron mucho que desear en la representación de tales obras.

Para esta noche tendrá lugar la tan aplaudida zarzuela titulada «Los Bohemios».

Según noticias que tenemos, se ha presentado un recurso de remoción contra el Juez municipal de esta localidad, D. Jaime Soler.

El recurso, según tenemos entendido, está fundado en la significación política conservadora del referido funcionario y en ser presidente de un casino que tiene este color político.

Imprenta de Antonio Reus: Alicante

en una mirada tan tierna y apasionada, que realmente era para enloquecerle. Lo cual no impedía que de paso hiciera lo posible para enloquecerme á mí, dirigiendo de vez en cuando á mi banco unas miraditas rápidas y provocadoras, que iban reblandeciendo poco á poco los sesos de este humilde escritor, y dejándolos inservibles por el momento para escribir ningún cuento destinado á *La España Moderna*, ó á otra cualquiera publicación. Lo cierto es que no me acordaba poco ni mucho de mi compromiso. La joven casada lo sabía perfectamente, no me cabe duda, y me alentaba á perseverar en el olvido con una serie infinita de ademanes mimosos llenos de coquetería, que no dudé iban encaminados á fascinarme ó hacerme sucumbir de admiración. Las monadas y preciosidades que aquella mujercilla hizo en pocos momentos con los ojos, con los labios, con las manos, y, en general, con toda su regordeta persona, no son para descritas. Mas á la par que me sentía atraído y enamorado de su gracia, el negro remordimiento se iba apoderando de mi alma. En cuanto á moral, no me tengo por un héroe de Pérez Escrich, ó del *Almacén de los niños*; pero tampoco me doy por aludido cuando oigo á los predicadores hablar de «esos seres depravados y abyectos encenagados en el vicio». Profeso al matrimonio tanto respeto por lo menos como un diputado conservador. Sé muy bien, porque lo he leído en el *Ideal de la Humanidad*, de Krause, con notas de Sanz del Río, que «el hombre y la mujer deben unirse con vínculo indisoluble en toda su individualidad, y hermanar la oposición primera y la más interior de nuestra naturaleza, la del sexo, formando un hombre superior para el cumplimiento solidario de todos los fines humanos.» Por lo tanto, es lógico que el placer que me causaba la contemplación de la gentil esposa, y el tiroteo de miraditas, que ya se había generalizado entre nosotros, fuese acompañado de un dejo amargo. El quebrantamiento de los preceptos de la moral lo produce siempre. Me seducían las mejillas sonrosadas de la joven: su boca fresca y húmeda me causaba suavísimo estremecimiento, no sé si en el cuerpo ó en el espíritu. Pero al mismo tiempo la idea de que por mi culpa aquellos jóvenes no hermanasen la oposición primera y más interior de nuestra naturaleza, y no realizasen el cumplimiento solidario de sus fines, me infundía horror y tristeza. Estuve por levantarme y alejarme de aquel sitio, dando satisfacción á mi conciencia. Ruego al lector que lo crea. Cuando iba á llevar á cabo esta obra meritoria, que el cielo premiará seguramente, no sé en qué forma, aunque me alegraría fuese en dinero, observé que el matrimonio había cambiado de conversación. No hablaban ya de ropa interior, sino de algo más interior aún; de las novias que el señor marido había tenido antes de casarse. Bajaron el tono pero aún les oía medianamente, sobre todo al caballero, que tenía una voz bronca, de esas que no admiten falsete. Con disimulo me fuí corriendo hasta quedar sentado en la punta del banco:

—Pero ¿á cuál de las dos has querido más: á Felisa ó á Socorro?—preguntaba ella.

Á ninguna; á la única que he querido, ya lo sabes, es á María.

—Sí, sí—repuso ella con acento melancólico: ya sé que á esa la has querido más que á mí.

—No seas tonta; más que á ti á ninguna. María era una chica buena, muy sencilla, muy cariñosa...

—¡Claro!; ¡pues por eso!, porque valía más que yo la has querido más.

—Yo no he dicho que valía más que tú. Ella era buena, y tú también... y á ti te he querido más, puesto que me he casado contigo.

La joven quedóse unos momentos silenciosa y cabizbaja, como si dudase de las palabras de su marido, y la duda le causara pena. Al fin, levantando su cabecita y mirándole con ojos maliciosos, y mirándome después á mí con mayor malicia aún, se atrevió á decirle tímidamente:

—¿Y con una mujer casada no has tenido nunca relaciones?

—No; jamás—respondió él, trazando al mismo tiempo rayas en la arena con su bastón.

—¡Vamos, no seas hipócrita, Lonchín!... A todos os gusta la fruta del cercado ajeno.

Y al decir esto me echaba una miradita burlona y risueña que me electrizó.